

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 95.—BARCELONA 29 DE FEBRERO DE 1916



Proyector francés, usado por los cazadores alpinos, haciendo señales

## CRONICA INTERNACIONAL

I. La ruina financiera de Rusia.—II. Armonías imperiales.—III. Una nota consoladora

### I.—La ruina financiera de Rusia

¿Cómo Rusia se desangra y agota por favorecer a sus aliados, a unos aliados que militarmente casi no han hecho nada por ellos? Cada vez que los alemanes o los turcos toman una actitud amenazadora para Francia e Inglaterra, los rusos se lanzan al ataque y atraen sobre sí mismos la atención del enemigo; en Asia, hace más Rusia en favor de Inglaterra que ésta por sus propios intereses. Hasta los que menos conocimientos técnicos poseemos, sabemos de antemano que muchos de los esfuerzos rusos serán estériles y vanos, y que el sacrificio de millares de vidas aprovechará en último término a franceses e ingleses. ¿No lo comprenden en Rusia? ¿No advierten que sobre ellos está pesando constantemente la carga más dolorosa de la guerra y que Rusia es, entre las potencias de la Cuádruple, la más malparada?

Ni el gobierno moskovita es torpe, ni el pueblo es ciego; pero están cogidos en una especie de trampa, de la que no se puede salir sin una extraordinaria

valentía moral. Rusia se encuentra en el caso de aquellos antiguos ciudadanos que enajenaban su libertad por haber contraído deudas y ser insolventes.

No pudiendo exportar sus cosechas; cegado el recurso del monopolio de aguardientes; teniendo que pagar a precios exorbitantes el material de guerra adquirido en los Estados Unidos y Japón; y sometida a recibir las mercaderías que le envía Inglaterra, por el precio que les fija la última, Rusia hace ya bastante tiempo que ha agotado sus recursos interiores disponibles y está viviendo del crédito. Sostiene la guerra con papel, porque el oro ha huido del Imperio, hacia Inglaterra, Estados Unidos y Japón. En 1.º de enero de 1914 circulaban en el país 1665 millones de rublos en papel, cantidad que subió a 2947 millones en 1.º de enero de 1915, y a 5041 millones a mediados de noviembre del mismo año. La garantía en oro, que antes de la guerra cubría con exceso la circulación fiduciaria, ha descendido al 30 por 100, la más baja de todas las potencias en guerra, salvo los Estados pequeños. Para proporcionarse recursos,

ofrece un interés de seis y medio por ciento, y los que arbitra se desvanecen enseguida en el pago de las rentas de los empréstitos anteriores. Los pagos exceden en mucho a los ingresos del Tesoro; el público no puede apenas hacer nada por mejorar la balanza económica; como consecuencia, Rusia ha de esperar el remedio de la ayuda exterior, de Inglaterra.

Pero Inglaterra no ha perdido su sentido comercial, y todas sus ayudas, con sólidas garantías, salvan un conflicto de momento, pero sumen a Rusia al poco tiempo en una nueva y más grave crisis. El caso, sin embargo, no admite paliativos, ni contemporizaciones. Para continuar la guerra se necesita dinero, cada día más dinero; es menester que Rusia demuestre, con la acción de sus tropas, que lo emplea en exterminar al enemigo. Simultáneamente, se desangra y se agota financieramente. Todo nuevo esfuerzo la sume más en el abismo, y sin ese esfuerzo no encontraría dinero. Es un círculo vicioso cuyas consecuencias espantan a los pocos hombres que hay en Rusia peritos en esas cuestiones. El Gobierno se da cuenta de su situación, pero hay que resignarse a ella o concertar la paz; y como ésta significaría la ruina para un largo porvenir, por los inmensos compromisos adquiridos, se sostiene la guerra con la esperanza de que ocurra un milagro del que nazca la salvación del Imperio.

Hay que compadecer a Rusia tanto o más que a otros países al parecer más desgraciados, pero que no tienen las necesidades ni las obligaciones de aquella. El colosal Estado viene a ser un gigante anémico, con mucha grasa y pocos glóbulos rojos en la sangre; los mejores han ido a parar a los bolsillos de sus amigos y aliados.

## II.—Armonías imperiales

Australia se está llamando a engaño. Creyó que las tropas que organizó y envió a Europa venían a conquistar fáciles laureles al lado de los ingleses, y se encontró con que se le reservaba la parte más dura y de menos lucimiento; verdaderamente, lo que los ingleses han hecho con sus *compatriotas* australianos, apagaría los entusiasmos de cualquiera. No lo quieren comprender así los hijos de Albión, hasta el punto de que se les ha ocurrido una idea peregrina, chusca, mejor dicho.

Australia, dicen, está poco poblada; los ejércitos que en lo sucesivo podría organizar serán poco numerosos; conviene ser previsores, fomentar la población. A este efecto, nada mejor que enviar allá a los soldados licenciados, a quienes de seguro el Gobierno australiano entregaría gratuitamente buenos lotes de terreno en las comarcas más fértiles, con todos los aperos indispensables para el cultivo. Es indudable, exclaman, que prestaríamos un positivo favor al dominio y laboraríamos en provecho del Imperio; claro es que al Imperio hay que darle un sentido restringido, y leer en su lugar Inglaterra.

La réplica no se ha hecho esperar. ¿Tiene Australia el deber, ni siquiera moral, de regalar su país a quien no haya nacido en ella? ¿No ha hecho bastante con crear y costear un ejército y algunos barcos de guerra, sin ninguna compensación y sin que corrieran ningún peligro ni su existencia, ni su por-

venir, ni sus intereses? El continente-isla no es ningún bien mostrenco del que se pueda disponer al antojo de nadie. Si los ingleses quieren recompensar a sus soldados—evitándose de paso el pago de las pensiones de retiro y de viudedad y orfandad en lo futuro, que sumarán muchos millones—no tienen necesidad de pensar en Australia, ni salir de sus propios territorios; basta alejarse unos pocos kilómetros de Londres y de las demás grandes ciudades, para encontrar extensiones enormes de terreno, yermas, incultas, dedicadas a la caza, a parques y recreos. Antes de colonizar Australia, los ingleses deben de colonizar su país; así se economizarían pensiones, se remediaría la plaga de la miseria, y se fomentaría la riqueza. ¿Es justo y está en armonía con los tiempos, el que unas cuantas docenas de potentados se den buena vida y satisfagan todos sus caprichos, trabajando para ellos el resto de Inglaterra y los dominios y colonias? Pocas veces la lógica ha hablado con tanta elocuencia; sería un acto de justicia y de equidad no confundir en lo sucesivo a Inglaterra con los oligarcas británicos, tiranos del mundo y de la misma Inglaterra. Unos pocos centenares de afortunados gobiernan y se benefician del rudo trabajo de muchísimos millones de seres, condenados a la eterna pobreza y a sacrificarse en provecho de unos señores a los que ni siquiera conocen.

No es desagradable que Australia se haya quitado la venda de los ojos y dé el ejemplo de buen juicio y de no dejarse embaucar con cuatro frases huecas.

## III.—Una nota consoladora

Cuando la cerrazón del horizonte de Europa parece hacerse aún más densa y por todos lados se registran sucesos tristes que presagian un pavoroso porvenir, una nota consoladora ha venido a demostrar que la piedad y la justicia aún no se han extinguido por completo en los corazones de los que pelean como fieras.

¿Quién no se compadeció tiernamente de las mujeres, niños y ciudadanos, en general, de las naciones beligerantes, a quienes la guerra sorprendió en territorio enemigo? En los momentos en que la fiebre del temor al espionaje hacía estragos, y en que cada cual esperaba una victoria pronta y total, nadie se consideró obligado a guardar demasiadas atenciones al adversario, y Francia dió el ejemplo de internar en campamentos de concentración a la población civil enemiga; la medida no tardó en ser imitada más allá de sus fronteras. Muchos millares de personas, víctimas inocentes e involuntarias de la guerra, fueron encerradas en condiciones, a menudo, reñidas con los respetos que se deben al adversario: hacinados, sin higiene, en revuelta mescolanza, fueron las primeras personas sobre quienes el destino descargó sus azotes. No se libraron del rigor los súbditos de los Imperios centrales que residían en las colonias de fuera de Europa; la calificación de enemigo se antepone a toda otra consideración.

Por fin y tras largas negociaciones—¡han durado dieciseis meses!—los gobiernos de Francia y Alemania han llegado a un acuerdo para devolver la libertad a las personas civiles internadas. Esta resolución alcanza a todas las mujeres y niños; los hombres de menos de 17 años y más de 55; y los hombres entre

17 y 55 años que por su estado de salud son absolutamente incapaces de ingresar en el ejército. El convenio se aplica a los prisioneros civiles que se encuentran en las colonias y protectorados, así como también a los procedentes de los territorios ocupados por las fuerzas enemigas o sido capturados a bordo de barcos propios, neutrales o enemigos. Se excluyen los rehenes, dentro de lo que preceptúa el derecho internacional, y los sometidos a los tribunales civiles o militares.

No porque se haya llegado tarde a este acuerdo, deja de ser altamente satisfactorio; establece un principio que sería conveniente se observara desde el primer momento en las guerras futuras, que perderían así una parte de su carácter de ferocidad. Al mismo tiempo, el convenio entre dos gobiernos tan irreductibles como el francés y el alemán, abre paso a la esperanza—tal vez ilusoria—de que se mantengan al habla, aunque sea indirectamente, y sea posible aprovechar cualquier coyuntura favorable para terminar de una vez con esta guerra que se está haciendo insostenible y de la que están cansados todos los pueblos, aparte de unos pocos elementos directores.

F. LARIN.

## EL HORROR DE LOS HORRORES

La dura represión de que fueron objeto los pueblos belgas que hicieron armas contra los alemanes, despertó un sentimiento general de piedad, que fué explotada hábilmente para mover la opinión de los neutrales a favor de los aliados. Toda desgracia es digna de lástima, y cuando el infortunio es provocado por móviles patrióticos, por equivocados que sean, merece el respeto y la compasión, así como el socorro indicado para remediar las necesidades. Pero esos sentimientos piadosos nada tienen que ver con la apreciación de los hechos ni con el juicio de la conducta de invasores e invadidos, juicio para el que faltan elementos.

Las desgracias de Bélgica palidecieron al lado de los horrores de la Prusia Oriental, cuando la invasión rusa. Galicia, aunque padeció bastante, como el N. de Francia y todos los países que sufren la ley del vencedor, fué más afortunada. En el primer año de guerra no ocurrió nada que mereciera el nombre de extraordinario, en este concepto. En todas las guerras se repite el caso de que el invasor aplique lo que él llama justicia y el invadido atropello; según los países y las circunstancias, la mano que castiga calza guantes de piel o manoplas de hierro. En el fondo, ese choque entre la población civil del pueblo vencido y las huestes militares del vencedor, es inevitable, por triste que resulte, y constituye uno de los muchos horrores de la guerra. La historia registra en sus páginas demasiados cuadros trágicos para que se preocupe de recoger lo que, en la evolución humana, es normal y corriente.

La evacuación (!) de Polonia y Curlandia fué el primer acontecimiento espantoso, digno de la grandeza infernal de esta guerra. Centenares de miles de personas fueron empujadas por los rusos al interior del Imperio, después de arrasadas, destruidas o incendiadas sus propiedades. Cuatro millones de habi-

tantes pacíficos fueron sumidos de pronto en la indigencia, y luego aventados en todos sentidos, sin alimentos, sin ropas, sin recursos, sin otros medios de viaje que sus débiles piernas o macilentos caballos que tiraban de desvencijadas carretas. Llenos están los caminos de Rusia de cadáveres de aquellos desgraciados, cuyos huesos y cuyas desventuras protegen la nieve, más clemente y pudorosa que los hombres. Todavía no ha terminado la odisea de los internados que han logrado salvar la vida; rechazados en unos puntos, mal atendidos en otros, explotados en muchos, van poniendo de manifiesto, desde el Vístula a la Manchuria, la gravedad de la derrota rusa, extendiendo por doquiera el virus de enfermedades mortales y sembrando la semilla de la desesperación. Los rusos del siglo xx se han puesto a la altura, en esos procedimientos primitivos, de Iván el Terrible y de Pedro el Grande. Cuando los detalles de la evacuación sean conocidos, se aterrorizará el ánimo más esforzado. Ni los campos de concentración establecidos por los ingleses en el Transvaal, ni las represiones de los franceses en Casa Blanca y de los ingleses en Egipto y la India, ni el exterminio de los indios por los blancos en la América del Norte, pueden compararse con los horrores de la evacuación de Polonia. Sin embargo, se suele hablar menos de ellos que de la caída de un proyectil en una catedral desamortizada; siempre que habla la pasión, el hombre se pone una venda sobre los ojos al juzgar.

Aunque en diferente concepto, otra escena grandiosa ha sido la retirada serbia. No es tesón que vean todos los siglos el de un ejército que es arrojado de su país y continúa batiéndose en el del vecino; se le echa también de él, y tiene que embarcarse, fugitivo, empuñando sus armas, sin deponerlas. Acosado por el hambre, aguijoneado por el frío, macerado por las largas marchas, acometido por sus adversarios y por los habitantes de un pueblo que creía neutral, el ejército serbio deja un reguero de esqueletos por donde pasa, pero los sobrevivientes, que han perdido todo cuanto poseían y no tienen ya esperanza en el triunfo de su causa, mantienen vivo y ardiente el odio al invasor; con las tropas, gran parte del pueblo emprende igualmente el éxodo. ¿Qué buscan, qué se proponen, qué esperan? ¡Nada! Hasta el instinto de la propia conservación ha muerto en ellos; únicamente su voluntad de acero les sostiene y les manda no rendirse al adversario. Una fortaleza moral semejante parecía haber desaparecido definitivamente de la faz del planeta. ¿Ha entrado por mucho la inconsciencia, la ignorancia, una falsa idea de la realidad? No escudriñemos demasiado, ni queramos empequeñecer lo que, de todos modos, se sale del marco de lo vulgar.

Pero hay un incidente en esa pasmosa conducta de los serbios sobre el cual la atención pública apenas se ha posado. Tal vez es lo más espantoso que ha ocurrido en los últimos siglos. La evacuación rusa es algo inofensivo, inexpresivo, comparado con lo que hicieron los serbios en aquella retirada. Hora es de que se levante el telón, aunque padezcan los sentimientos humanitarios del lector. Nunca estorba la verdad.

Al retirarse de Serbia el ejército del general Potiorek, en diciembre de 1914, víctima del deplorable

sistema de abastecimientos, varios millares de austriacos, famélicos y enloquecidos por las privaciones, cayeron en manos de los serbios. ¿Cuántos eran? 20,000, 30,000, acaso 50,000 ó más; nadie ha dado la cifra exacta, ni se poseen datos sobre este punto. Pero el número no hace al caso; lo que interesa es saber que varios o muchos millares de prisioneros austro-húngaros estaban en poder de los serbios al iniciarse la ofensiva de austriacos y alemanes en el Save y el Danubio y de los búlgaros en el E.

Empujados insistentemente por los invasores, los serbios retrocedieron un día y otro, lentamente al

mas etapas se perdieron los rudimentos de cohesión; el ejército se trocó en un tropel de fugitivos, cada cual atendió a sus necesidades como pudo, murieron muchos de hambre o de fatiga, cayeron otros a manos de los albaneses, se extraviaron bastantes y perecieron bajo las nieves, menudearon los casos de locura... La tropa, aterrada, poseída de un delirio trágico, huía, huía siempre; no había otro pensamiento ni más deseo que el de la fuga. Patria, familia, hogar, ejército, todo desapareció bajo la sensación aplastante del pánico y el odio furioso al invasor. En aquellos momentos de suprema desespe-



Salida de misa de las tropas alemanas en Neufchatel, el domingo después de los combates de Soissons

principio, desordenadamente después, a la desbandada y dominados por el pánico al ser empujados a las fronteras albanesas. Con las vanguardias, con las tropas que abrían la marcha en retirada, iban los millares de prisioneros austriacos, formando un lastimoso rebaño humano sujeto a todos los tormentos del hambre y la miseria, pero confortado sin duda por la convicción, emanada de los hechos, de que sus compatriotas vengaban el desastre de Potiorek y arrebatában al enemigo pedazos cada día mayores de su territorio. En las primeras semanas, el racionamiento de los serbios fué regular; más o menos completo y abundante, tuvo deficiencias naturales, pero al soldado no le faltó que comer; en las últi-

ración y cuando parecía perdido el pensamiento colectivo, se tuvo y se sostuvo una rara y macabra previsión: ¡no debían de escaparse los prisioneros austriacos, era menester que marcharan eternamente a vanguardia de las bandas de fugitivos! ¿A dónde, por qué? Nadie lo sabía ni le importaba; el caso era que los prisioneros no recobraran la libertad y se incorporaran a su ejército.

Los corresponsales de guerra han narrado con los más sombríos colores, pálidos comparados con los de la realidad, las tristísimas escenas de aquella huída; hombres casi desnudos que se arrastran, más que caminan, sobre la nieve; soldados que disputan por un pedazo de pan, ennegrecido; seres famélicos

que roen materias medio putrefactas, para forjarse la ilusión de que llevan algo a sus estómagos; heridos, enfermos y lisiados que esmaltan el camino a modo de un rosario fúnebre y piden a voces al camarada que junto a ellos pasa, y que tal vez se desplomará un poco más lejos, una muerte que les redima de las horas de agonía; extraviados en las montañas que se dirigen a las aldeas albanesas que serán su tumba en vez de un asilo... Pero nadie ha referido cuáles han sido los sufrimientos de los prisioneros austriacos. Si el ejército serbio se vió reducido

bles de la guerra, ésta ocupará de seguro el primer lugar.

Surge involuntariamente una pregunta: un ejército que es arrojado de su patria y de los países limítrofes y que ha de buscar su salvación interponiendo el mar entre él y su enemigo ¿obra con arreglo a los principios de la ética universal arrastrando consigo al destierro a los prisioneros? el que carece de alimentos y de ropas para sí mismo y es expulsado del suelo en que nació, ¿debe mostrarse tan cruel con el primero, que le prive de los medios de



El buen humor de los alemanes en Francia

a esa horrible condición, fácil es colegir cuál sería la de los cautivos infelices; aterra pensar en el trato que recibirían de unas tropas en las que había desaparecido la disciplina y cuyas desgracias provenían del empuje de las armas austriacas. Sólo algunos, muy pocos, corresponsales, al dar cuenta de que el Gobierno italiano había trasladado esos prisioneros a Cerdeña, agregaban que era tan desesperado su estado, que se temía sobrevivieran muy pocos a los infortunios y privaciones de las semanas de la retirada. Mueven a lástima los padecimientos de los serbios, mas ¡cuán inmensamente mayores debieron de ser los de los pobres austriacos que jamás dejaron de ser sus prisioneros! Entre las páginas más horri-

subistir y de vestirse? ¿Es admisible que al obrar los serbios como lo hicieron creyeran lealmente en la posibilidad de reconquistar su patria? Si abandonaron los cañones y las armas y los parques y los carros y los automóviles y todo lo que servía para el ataque y la defensa ¿qué utilidad les reportaba el cautiverio de los prisioneros? Ninguno de los vejámenes que un ejército imponga al país enemigo merece en absoluto el nombre de cruel, si tiende a depurar alguna utilidad; pero cuando es inútil y vano ¿qué calificativo se le deberá de aplicar? En Macedonia y Albania se han resucitado las severidades y durezas de los siglos anteriores al cristianismo; si Austria triunfa, no tendrán derecho los serbios a

lamentarse de que se les aplique de un modo implacable la ley del vencido.

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### El maestro peluquero

(El señor B).—No me negará V., don Subrio, que la guerra va siendo cada día más humanitaria.

—¿Qué duda cabe? Las bajas alemanas exceden de dos millones y medio de hombres; se aproximan a los dos millones las francesas; pasan de medio millón las inglesas; alcanzan a tres millones las rusas... Total: en año y medio, dos millones de muertos, un millón de lisiados, un puñado de tuberculosos, huérfanos y viudas incontables... ¡una bicoca!

(El señor B).—Pero se han desarrollado prodigiosamente los medios de asistencia facultativa, muchos heridos que en otro tiempo hubieran perecido ahora se curan...

—Desgraciadamente para ellos.

(El señor B).—No diga V. enormidades, don Subrio. ¡Dolerse de que los heridos recobren la salud!

—Si fuera para enviarlos a sus casas, muy santo y bueno. Ahora, curarlos y mimarlos, para despacharlos de nuevo al matadero me recuerda aquella frase que, salvando la comparación, es digna de Aristóteles: «engordar para morir».

(El señor B).—No me negará V. que si mueren algunos que antes han sido heridos, con su vida rescatan la de otros que, sin aquellos, la hubieran perdido.

—Y mucho que lo niego, porque mueren todos. La guerra no acabará mientras haya carne en el asador, y me parece cruel que se la ase dos, tres o más veces.

(El señor B).—Es un punto de vista que no comparto. En otras guerras, los heridos que caían quedaban mucho tiempo abandonados, sin asistencia facultativa...

—Y en la presente, los que caen delante de las alambradas cifran todas sus esperanzas en que una bala bienhechora acabe con sus sufrimientos; menos mal, que nunca resultan defraudados en sus deseos. Del mal, el menos.

(El señor A).—¿Pretenderá V. por ventura que las guerras sean incruentas?

—Lo mismo da que lo pretenda que lo rechace. Las cosas son como son y no como debieran de ser. Pero no quiera V. que tras de cornudos seamos apaaleados. Bastante es que nos rompan un hueso, para que encima nos llamen atortunados.

(El señor B).—Con este modo de argumentar, no nos podremos entender.

—¿Qué quiere V., señor B? ¿Que entonen un himno a nuestra civilización aquellos que reciben las bombas de los zeppelines o los clavados en el suelo por las flechas que lanzan los aeroplanos? A propósito de flechas ¿conocen ustedes la última invención francesa?

(El señor A).—Con tal que no sea hija de la fantasía de V...

—Para fantasía la que se harán los alcanzados por ellas. Imagínense ustedes unas flechas metálicas

que junto a la punta, en el cuerpo inferior, llevan una carga explosiva, y arriba, en lo que podríamos llamar pluma, un cuerpo luminoso, cuya ignición dura más de un minuto. Un infeliz mortal—aquí sí que está bien aplicado este vocablo—se pasea por el campo o toma el sol en una ciudad, y de pronto una flecha le perfora la tapa de los sesos, éstos vuelan por efecto de la explosión y, vacío el cráneo, se enciende una llama en su interior, como si dijéramos una lengua de fuego que ha descendido de lo alto. Ahora sí que no es una figura retórica aquello de que los franceses iluminan los entendimientos... después de vaciarlos. El invento es de una gracia macabra, ¿no es verdad, querido señor A?

(El señor A).—Más bárbaros y salvajes son los gases asfixiantes.

—Hasta cierto punto; también tienen su aspecto jocoso y divertido.

(El señor A).—Es V. el hombre más fresco y desahogado que he visto en mi vida.

—Que guarde Dios muchos años y no exponga usted en ningún país civilizado y amante del derecho. Pues, verá V.: cuando los alemanes producen sus gases asfixiantes, comienza en el acto una alegre mascarada en las trincheras vecinas; caretas, pincez o pinza-narices, bufandas, cubre-oidos, gafas... los más abigarrados y extraordinarios disfraces surgen por doquier, cobijados bajo los yelmos. Es para morir de risa o asfixiado. Me contaron que los senegaleses, indios, árabes y demás huéspedes se impresionaban y aterraban tanto al presenciar aquellas carnestolendas, que hubo de enviárseles a otro teatro donde las representaciones fueran más serias.

(El señor A).—Le duele a V. en lo vivo, bien se advierte, que los aliados hayan encontrado un excelente remedio contra los infames gases.

—Si yo fuera un acorazado británico, claro es que me dolería en lo vivo, que es donde dan los torpedos. ¿Quién hace caso de la obra muerta? Pero ¿no comprende V., señor suspicaz, que mis palabras no son más que una broma inocente? ¿Es verdad o no que a V. también le han hecho gracia las fotografías de yelmos y caretas? Se ha puesto V. lacrimógeno...

(El señor A).—¡Otra habilidad de la *Kultur* germánica! ¡Todas son iguales!

—¡Protesto! Los gases lacrimógenos son más serios y merecen todo nuestro respeto. ¿Censurará usted que se llore a los muertos? Pues ese es el efecto de los vapores lacrimógenos.

(El señor B).—No prosiga V., don Subrio; el señor A comienza a impacientarse...

—¿Como Sarraïl en Salónica? Conozco un buen calmante: una carrerita a tiempo tranquiliza los nervios y devuelve el apetito, aunque sea en el Cáucaso y no en Corfú.

(El señor A).—¿Qué provecho obtiene V. de molestarme y tenerme en tensión...?

—Como provecho, ninguno, pero me divierte contemplar cómo ejerce V. el derecho de los aliados.

(El señor A).—¿Otra vez? Es V. incorregible. ¿Qué endiablado derecho es ese? ¿Qué hago yo?

—Patalea V. y ejerce el hermosísimo derecho de *idem*. ¿Cómo no he de gozar?

(El señor B).—Decíamos, don Subrio, que la fraternidad humana...

—¿Sólo la fraternidad, sin sus hermanas la *egalité* y la *liberté*? ¡Poco es!

(El señor B).—Se ha patentizado de un modo espléndido en esta guerra. Si por un lado ciertas cosas que presenciamos nos hacen avergonzar y abominar de nuestro linaje humano, que parece ha descendido a la condición del bruto, por otro...

—Obramos como lo que somos: como fieras, como el *lupus sapiens*, que pudo decir Linneo.

(El señor B).—Si V. lo ha de decir todo, pondré punto en boca...

—A ejemplo de Kitchener. Me complace que se inspire V. en buenos ejemplos. Pero conste que si Kitchener calla es porque ya no tiene voz en el ejército; ha pasado al jefe del Estado Mayor. No se envanezca V. de lo que han hecho otros, aunque lo predique sir Eduardo.

(El señor B).—¿Quiere V. que hablemos o que oigamos sus delirios?

—¿Acaso hacemos otra cosa? V. desbarra y yo comento. Pero, me callo; soy todo oídos.

(El señor B).—Maravillan las organizaciones de la Cruz Roja, las sociedades de auxilios que se han constituido en todas partes y funcionan admirablemente; apenas se tiene noticia de una desgracia, se corre a remediarla...

—Y ¿cuando en vez de una desgracia, hay muchísimos millares? ¿Qué se hace entonces?

(El señor B).—La caridad se multiplica, se centuplica. No ya los países beligerantes, los mismos neutrales, vuelan con cuantos auxilios está a su alcance reunir...

—Antes, corrían; ahora, vuelan... ¿A dónde irá usted a parar, señor B?

(El señor B).—De Suecia, de Dinamarca, de España, se envían alimentos, ambulancias, ropas, para remediar los múltiples infortunios causados por la guerra.

—Ha olvidado V. los juguetes que a cargamentos han llegado del otro lado del Atlántico. Idea delicada y oportuna, muy propia de la época de jolgorio en que nos encontramos.

(El señor B).—Alude V. a los Estados Unidos, poderosa nación que...

—Poderoso caballero es don Dinero. Veamos lo que nos cuenta V. de la poderosa de los dollars.

(El señor B).—Ilustre nación que ha dado al mundo un ejemplo admirable de abnegación y humanitarismo, socorriendo por igual a los adversarios de los dos bandos; si los demás neutrales hubiesen imitado su conducta e inspirándose en iguales sentimientos...

—No quedaría un europeo para contarle. ¡Carampe, con el señor B! ¡Se lamentaba de los gases asfixiantes y dispara bombas de vapores ponzoñosos! ¡Vaya una hormiguita!

(El señor B).—¿Quién ha procedido con igual desinterés que los Estados de la Unión Americana?

—Ese apóstrofe debe ser obra de Barrés. El desinterés ignoro cuál sea, pero el interés pregúntelo usted a Inglaterra, que se está quedando rapada, gracias a la exportación de su oro, que es lo único que exporta. Ni crédito le queda, porque ha pasado a Francia, Italia y Rusia, que son los mejores creyentes en el servicio obligatorio y demás paparru-

chas británicas... que el globo terráqueo, sin excluir a los serbios, ha conocido jamás.

(El señor B).—Si venden algo los Estados Unidos, es muy justo y puesto en razón que lo cobren.

—A eso voy: inundan de explosivos y artefactos de muerte a Europa, trabajan febrilmente, haciéndose pagar los jornales extraordinarios, en producir los más espantosos medios de destrucción, sin los cuales ya habría concluido la guerra, y... después, envían cuatro vendas y media docena de drogas para que los combatientes medio se curen y sigan peleando desafortadamente, hinchando los bolsillos de sus abastecedores. Esta es la caridad bien entendida. Y todavía hay cuatro intelectuales que se hacen lenguas del humanitarismo de exportación. ¡Cómo se conoce que ni les bizman ni les muelen las costillas! Los hombres prácticos fabrican granadas, y los pensadores, que suelen ser los menos, tienen en qué pensar, fabrican prosa. ¡Puede Europa dedicarse contenta y satisfecha al degüello universal!

(El señor B).—Enfoca V. las cuestiones a través de un prisma tal, que las empequeñece.

—Desengáñese V., señor B.: el personaje del día es un maestro peluquero, que nos hace la barba y nos quita el pelo. Posible es que más adelante, para dejar recuerdo imperecedero de su filantropía, eleve un monumento a Europa, grabando en el pedestal aquellos versos de Don Juan Tenorio: «Si buena vida os quitó, mejor sepultura os dí.» Al pie pondrá un cepillo, por si queda todavía algo que recoger, aunque sea calderilla.

SUBRIO ESCÁPULA

## MAUBEUGE

### Recuerdos del sitio, capitulación y entrega de esta fortaleza

Después de una lucha tenaz y sangrienta, el séptimo cuerpo de reserva, compuesto de soldados del Rhin y tropas westfalianas, había conseguido que la fuerte guarnición de Maubeuge abandonase el terreno exterior y se recluyera; en los primeros días de septiembre de 1914, en la línea de los fuertes. Era menester apoderarse de los fuertes, y de los intervalos entre ellos, arrebatándolos a un enemigo valeroso y activísimo, y el interés de las operaciones exigía que la decisión se produjera con rapidez. El encarnizamiento de los combates que siguieron no ha de atribuirse a las obras permanentes de la plaza. En este punto, los franceses habían hecho poco, en los últimos años, para modernizar los fuertes de Maubeuge, contando con que el N. de Francia estaba asegurado con la actitud de Bélgica, que consideraban cuando menos neutral. De los numerosos fuertes y obras intermedias, solamente uno respondía en cierto modo a las exigencias del día. No sucedía lo mismo en lo que se refiere a los intervalos, en los cuales nuestra infantería no se encontró en las mismas condiciones que en los combates de Lieja y de Namur. Los belgas habían hecho muy poco o casi nada en los intervalos, sus obras eran escasas y mal situadas, o en ángulos muertos; en cambio, el enemigo había procedido en Maubeuge con gran cuidado y conocimiento. En estos combates se reveló el



Sección de ametralladoras alemanas en la línea de fuego

acierto con que los franceses aprovechaban para la defensa todas las ventajas que ofrecía el terreno, y cómo establecían fuertes puntos de apoyo por todos los medios de la fortificación de campaña. Con habilidad especial, construyeron en muchos puntos obras simuladas, que hicieron malgastar, en un principio, las costosísimas municiones de nuestras piezas de 42 centímetros y de las baterías automóviles aus-

triacas, hasta que la exploración de nuestros infatigables oficiales aviadores consiguió fijar los blancos verdaderos.

El fuego que se lanzó contra los fuertes enemigos, en estos primeros días de septiembre, fué de un efecto muy considerable. Cuando la plaza cayó, se pudo apreciar que la obra de destrucción no fué menor que la obtenida en Lieja y Namur. Donde caye-



El edificio del Comité central de la Cruz Roja, en Ginebra

Ayuntamiento de Madrid

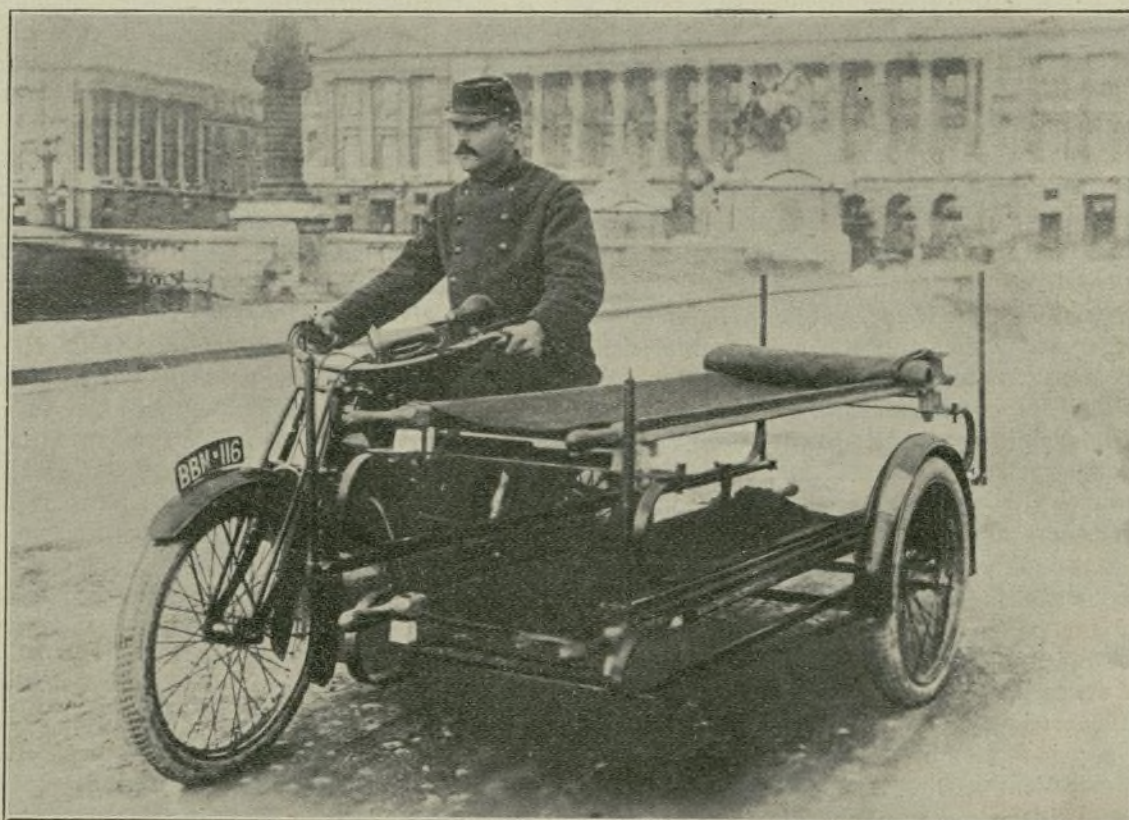


Oficiales rusos orando ante la tumba de un camarada

ron nuestros proyectiles de 42 centímetros, los muros estaban convertidos en montones de ruinas y las obras parecían removidas por un terremoto.

Mientras se batían los fuertes a intervalos, progresaba el ataque de nuestra infantería, con grandes pérdidas en varios puntos. Cuando, después de algún ataque victorioso o de haber rechazado alguna salida del enemigo, los convoyes de nuestros heri-

dos se dirigían a los lugares de reunión establecidos en territorio belga, era frecuente ver a los habitantes, agolpados delante de sus casas, en actitud que ciertamente no inspiraba confianza, y que no creyéndose vigilados dejaban oír palabras hostiles a los intrusos. «¿No habéis oído que un fuerte ejército inglés ha salido de Amberes?»—«Se habla de bajas enormes de los alemanes».—«Esta noche, los fran-



Un side-car francés para el transporte de heridos

Ayuntamiento de Madrid

ceses han hecho centenares de prisioneros». — «Los prusianos se están quedando sin municiones».

A estas frases seguían miradas de odio, y quien comprendía su mudo lenguaje advertía que el mando alemán se hallaba en una realidad, con la que debía de contar en todo momento. La partida era de grande importancia. Con el triunfo, arrancaríamos a los franceses uno de sus más valiosos puntos de apoyo, que á la vez lo era de los belgas y establecía la comunicación con Amberes. En cambio, si el enemigo, numéricamente doble, según se supo después, nos derrotara, era más que probable que a retaguardia de nuestras fuerzas sitiadoras se alzara toda Bélgica, que aún no estaba desarmada, ni mucho menos, y se encendiese vivamente la guerra nacional.

De modo que, ante Maubeuge, se había llegado a una de esas situaciones en las que solamente la firme voluntad de vencer asegura el éxito, y parecía que este pensamiento animaba a todos, desde el comandante en jefe al último soldado.

El general von Zwehl, que mandaba el ejército sitiador alemán, estableció su cuartel general, al comenzar el sitio, en la pequeña ciudad belga de Bütsche. Cerca de él, en Mons, se hallaba S. A. R. el Príncipe Federico Leopoldo de Prusia, encargado por S. M. de informarle acerca de las operaciones del cerco.

El fuego, que no se interrumpió ni de día ni de noche, y especialmente el de nuestras piezas de 42 centímetros y el de las baterías automóviles austriacas, consiguió reducir al silencio, el 6 de septiembre, al importante fuerte de Boussois, situado en el frente oriental de la plaza. Nuestra infantería lo ocupó, después de violentos combates, en los que también tomaron parte, con grande éxito, nuestros lanzaminas, y pronto ondeó sobre sus muros la bandera alemana. Desde aquel momento, no podía tardar en decidirse la suerte de la plaza.

Después de la caída del fuerte de Boussois, el cuartel general se trasladó a la granja de Vent de Bise, cortijo situado a unos 3 kilómetros al E. del fuerte conquistado. Eligió el comandante en jefe este punto, buscando la más rápida comunicación con sus dos divisiones, a pesar de que aún se hallaba bajo el fuego violento de la artillería francesa. Como en otras frecuentes ocasiones, pudo observarse también en los combates de Maubeuge que los habitantes favorecían muy eficazmente el servicio de información de las tropas francesas. Se descubrieron no pocas comunicaciones con localidades situadas detrás del frente alemán, y, tres días antes de rendirse la plaza, fué condenada por un consejo de guerra y fusilada una mujer que, desde una cueva, comunicaba por teléfono noticias acerca de las posiciones y puestos de observación de nuestra artillería y de la situación de las planas mayores. Por todo ello, cuando el cuartel general pasó a Vent de Bise, se obligó a los habitantes que aún quedaban, a que abandonasen las casas del cortijo.

El cuartel general del general von Zwehl se instaló, el 7 de septiembre, en una huerta inmediata al cortijo de Vent de Bise. De la casa se habían sacado al jardín sillas y mesas, y sobre estas últimas se hallaban extendidos grandes planos, con exactas referencias de la marcha del combate. Sobre uno de esos

planos, seguía atentamente el desarrollo de los sucesos el príncipe Federico Leopoldo de Prusia. Iban a dar las dos de la tarde y acababan de salir varios ayudantes con órdenes para las dos divisiones y para el infatigable comandante de la artillería, general Steinmetz, muerto desgraciadamente poco después en Reims, cuando un jinete, haciendo señas desde lejos, se acercó galopando al cortijo. Manifestó que le enviaba el general von Unger, jefe de la 14.<sup>a</sup> división de reserva, y que ese general, acompañando a un parlamentario desde las avanzadas, se presentaría poco después. Apareció enseguida el general, y se le vió dirigirse hacia el cortijo con un oficial francés que llevaba vendados los ojos.

Siguieron momentos de intensa emoción. El parlamentario, a quien se despojó de la venda, se presentó como el capitán de Estado Mayor Grenier, enviado por el general Fournier, gobernador de la plaza. Solicitaba éste un armisticio de 24 horas para enterrar los numerosos muertos que había delante del frente, y para tratar de la entrega de Maubeuge. Todo esto lo dijo el capitán Grenier, en perfecto alemán, idioma que había aprendido entre nosotros, pues, según manifestó más adelante, había residido largo tiempo en Alemania. Cuando el oficial terminó de exponer su misión, el comandante en jefe le contestó que, aún reconociendo sin distinguos la valerosa defensa de la fortaleza, no le era posible conceder una tregua tan larga, y que si el gobernador pensaba realmente entregar la plaza, cabía ponerse de acuerdo mucho más deprisa. Para ello, podía volver el parlamentario en el término de cuatro horas, con los poderes necesarios. Estos, en su esencia, habían de hacer constar que la plaza se rendía con todas sus obras y material de guerra, y que la guarnición quedaba prisionera. «¿No se lo figuraban ustedes así?», preguntó finalmente el jefe alemán, y a la respuesta afirmativa del francés añadió: «Pues para eso no necesitamos 24 horas de armisticio. No puedo tampoco suspender el fuego hasta que usted vuelva, porque no tenemos tiempo que perder». Se preguntó al capitán si deseaba algo más, y al contestar negativamente se le despidió, y el general von Unger le volvió a acompañar hasta las avanzadas.

En las horas que siguieron, el combate prosiguió con la misma violencia. En el claro cielo azul de aquella calurosa tarde de septiembre se observaban en todo el contorno, y principalmente en los frentes Norte y Este de la plaza, las nubecillas blancas de los shrapnels, que estallaban sobre los franceses y que se distinguían por la gran altura a que se verificaban las explosiones. También resonaba el rugido de las granadas de gran calibre, unido al ensordecedor de los proyectiles que caían. Los focos de la lucha ofrecían, en el amplio horizonte, el cuadro de cortijos y almiarés ardiendo, mientras que una densa y gigantesca nube negra se levantaba sobre la fortaleza de Maubeuge y sobre el barrio obrero, en llamas.

Ciertamente, a más de uno debieron de asaltarle dudas, en aquellas horas de la tarde, sobre la vuelta del parlamentario en el plazo concedido, y sobre si aún nos esperaban muchos días de cruentos combates antes de que los franceses entregaran la plaza, cuando ya hubieran caído todos sus fuertes. Esas dudas se robustecieron cuando, transcurridas las cuatro horas, no se tuvo noticia ninguna. Lentamente,

y como un globo encendido, el sol se fué ocultando por occidente, detras de un pueblo que ardía, y con su blanco cuadrante la luna se elevó sobre las ruinas del fuerte de Boussois. A su resplandor, y en la transparente atmósfera de la noche, se marcaban con líneas muy precisas las siluetas de todos los objetos, y así los de un túmulo de tierra, que los bravos soldados del regimiento número 39 habían erigido a sus compañeros que murieron la víspera. Una sencilla cruz de madera y en ella escritos los nombres. Sujeto a la cruz, un casco. Sobre el túmulo dos rojas cápsulas de granada y en ellas, escrito por una mano amiga, el último saludo. ¡Flores de otoño! Los héroes que allí descansaban ¿percibirían, desde aquel otro mundo donde se reúne el grande ejército, el rumor que en aquella hora de la tarde cruzó de pronto el ambiente sereno del extenso campo de batalla? Ténue, en un principio, como la marea creciente, progresando después, siempre en aumento, y arrollador, por fin, cual la rompiente del mar que destruye todos los diques, vino a condensarse en un grito de júbilo y de triunfo. Todos los que presenciaron esa escena, no olvidarán jamás el hurra con que nuestros guerreros saludaron la vuelta del parlamentario y la capitulación definitiva de Maubeuge.

Reinaba un silencio sepulcral y solemne mientras leía el general el escrito del general Fournier, que le entregó el capitán Grenier. En él se conformaba con las condiciones que le imponían, y autorizaba al portador para tratar inmediatamente de todos los detalles. Es difícil describir la impresión que produjo la noticia, que se supo enseguida, de que el efectivo del enemigo era de 45.000 hombres. En aquellos días de septiembre, nuestras valientes tropas habían luchado y vencido a un enemigo que numéricamente era superior a ellas en más del doble.

Después de breve conferencia del general con el teniente coronel Hesse, jefe de su Estado Mayor, se leyó al capitán Grenier el protocolo de la entrega, que ya se había redactado por la tarde.

Entre tanto, había obscurecido por completo y cerrado la noche. En torno de la plaza, los edificios en llamas iluminaban el paisaje, mientras que en Occidente se enrojecía el cielo sobre Maubeuge, como encendido por la antorcha de la victoria.

Inclinado sobre una de las mesas de la huerta de Vent de Bise, leía el parlamentario el escrito que se le entregara. A la luz de unas bujías colocadas en botellas de vino de Borgoña, leía las condiciones que debían de firmarse aquella noche. Sonriendo tristemente movió la cabeza al llegar al punto en que se establecía que, con el material de guerra, se habían de entregar todas las banderas y estandartes. Preguntado sobre si se le ofrecían dudas, contestó afirmativamente: los estandartes y las banderas ya no existían; habían sido quemados, con arreglo a instrucciones, antes de la entrega de la plaza.

Se convino que en la tarde siguiente saliesen todas las fuerzas hacia las estaciones del ferrocarril dispuestas para la evacuación. Durante la misma noche serían desarmadas las tropas y entregados los fuertes. Todo ello se llevó a cabo sin incidentes.

A las dos de la tarde del 8 de septiembre, recibió el general von Zwehl, con su Estado Mayor, al gobernador de la plaza, general Fournier, en la puerta de Mons, de Maubeuge. Acompañaban al general

francés su oficial de Estado Mayor, capitán Grenier, y el comandante de artillería de la plaza. Cuando el jefe alemán hubo devuelto al general su espada, rindiendo homenaje a la valerosa defensa de Maubeuge, comenzó ante S. A. R. el príncipe Federico Leopoldo de Prusia y ante S. A. el príncipe de Anhalt, el desfile de la guarnición. Las dos divisiones alemanas y las baterías automóbiles austriacas, habían formado a ambos lados de la carretera de Jeumont. El compañerismo con nuestros aliados, que en aquellos difíciles días se puso constantemente de relieve, se manifestó entonces en el júbilo con que fueron recibidos, a su llegada, los austriacos, por nuestras tropas.

No es de extrañar que las primeras unidades francesas que salieron de la plaza fueran las que produjeron mejor impresión. Parecía que habían sido escogidas. El aire, orden y compostura de esas tropas, no reflejaban las privaciones y fatigas que habían sufrido. No las constituían, en su mayor parte, reemplazos antiguos, como afirmara el gobernador a modo de disculpa, sino hombres jóvenes y vigorosos y, en general, bien desarrollados.

Se había autorizado a los oficiales para que acompañasen a sus tropas o se sirviesen carruajes, pero de este privilegio casi únicamente hicieron uso los heridos. Los más de ellos siguieron al frente de sus unidades, y saludaban correctamente al gobernador que, con su cuartel general, se colocó al lado de los oficiales alemanes.

Transcurrida una hora, fué cambiando el cuadro que ofrecía el desfile. Se produjeron interrupciones, y ya no aparecían, en general, unidades completas. Los individuos llegaban aislados, frecuentemente en grupos o en núcleos improvisados. El desfile duró ocho horas, presentando el cuadro más pintoresco y típico que cabe imaginar. Era como un río que saliendo de la estrecha puerta de Mons, cruzaba por los dos puentes la vieja muralla de la ciudad, y en el que, pasadas las primeras horas, nadie se fijaba en los detalles. Sólo quedaba un conjunto mezclado de colores negro, rojo y azul, que desfilaba ante los ojos de los alemanes como una composición siempre cambiante, trazado sobre el lienzo por un pintor. En este conjunto de impresiones, se destaca una escena que perdurará seguramente en la memoria de quienes la presenciaron.

Llevaban desfilando dos horas los prisioneros franceses, entre las filas de nuestras tropas formadas a los dos lados de la carretera. Todo se desarrollaba tranquilamente y con seriedad. Aun cuando brillaba en los ojos de nuestros soldados el orgullo por tantísimo prisionero, guardaban a los franceses las consideraciones que siempre merece el guerrero, y se abstendían de toda expresión mortificante. Pero, repentinamente, se manifestó el enojo en nuestras filas. Se oyeron maldiciones y se clavaron miradas de odio sobre un grupo de prisioneros que, vestidos de amarillo, salían de la puerta de la ciudad.

Hasta aquel momento no se supo que hubiera ingleses en la plaza. Eran unos 120 hombres, rezagados y dispersos que se habían reunido en Maubeuge en agosto, después de la batalla de Mons. La actitud seria y militar de los franceses contrastaba con la de los soldados británicos. Aquellos desfilaban marcialmente; éstos, en desorden, hablando en alta voz, y produciendo una impresión desfavorable en extre-

mo. Según se supo después, antes de salir se habían apoderado de parte de las existencias de aguardiente, que no dejó de surtir su efecto. Cuando hubieron pasado todos, otro grupo llamó la atención: lo formaban dos escoceses, que iban abrazados y tambaleándose; de pronto, uno de ellos se separó de su compañero, y, dando gritos, quiso estrechar la mano de un soldado westfaliano; éste no se dignó siquiera mirarle, y despreciativamente le volvió la espalda. El episodio terminó obligándose a los dos escoceses a incorporarse a sus compatriotas.

Así terminó el desfile de los representantes de Inglaterra, y siguieron en filas interminables grupos y más grupos de prisioneros franceses. Muchos de ellos estaban heridos y se valían de muletas o se apoyaban en compañeros; muchos, también, iban en carruajes o en pequeños coches de dos ruedas. Cada cual procuraba llevar consigo la mayor cantidad posible de provisiones y equipaje; el resto seguía en vehículos de todas clases. Mezclados con las tropas, marchaban tambores y músicos, empleados de la administración y enfermeros, soldados del tren y sanitarios. Muchos oficiales que aún no habían entregado sus espadas, las depositaban al pasar ante el general alemán, frente al cual se formó un montón enorme, durante la tarde, de espadas, tambores, trompetas y material de guerra de todas clases, que atestiguaba la magnitud del triunfo que se había alcanzado.

Al cuadro que ofrecía el desfile de esa masa de tropas hay que añadir otras escenas muy emocionantes, de pequeños episodios dignos de haber sido reproducidos por el lápiz de un artista. Vióse un coche cargado de maletas, arrastrado por un caballo que conducía un soldado. Sobre el equipaje iban sentados

varios oficiales levemente heridos, y sus ojos se dirigían a la fortaleza, como si todo lo demás no existiera para ellos. Siguiendo sus miradas, se veía en las murallas varias señoras, de sus familias, que les habían acompañado hasta el recinto de la plaza. Volviéndose insistentemente y agitando los pañuelos, contestaban los oficiales a sus saludos, hasta que el carruaje se perdió de vista, caminando hacia el porvenir lejano y desconocido.

Otro cuadro, también delicado. Desfila un coronel a caballo, al frente de su regimiento. Sus facciones ostentan las huellas de las luchas y privaciones sufridas, y revelan su resignación ante el destino implacable. Se le acerca un general del cuartel general y le indica que los oficiales pueden ir a pie o en carruaje, pero que han de hacer entrega de sus caballos. Sin inmutarse, el coronel echa pie a tierra, desata las bolsas de la silla y recoge su sable. Contempla por última vez a su caballo árabe, y le acaricia con unas palmadas. Son dos amigos que se separan para siempre. «Era un animal muy noble, que traje de Africa», exclamó, dejando, al pasar, su espada. Y sin volver la cabeza siguió a su regimiento.

Así continuó el desfile, por millares, a pie y en carruajes, de heridos e ilesos, en grupos aislados y en unidades enteras, compañías, baterías, batallones y regimientos, en serie interminable, hasta que después de las diez de la noche pasaron los últimos prisioneros, y tendió la noche su vuelo sobre ese día señalado y de recuerdo imborrable, que desde aquel momento quedó incorporado a los anales de la historia militar.

Traducido por  
GRAVELINAS

## CRÓNICA MILITAR

I. La educación del patriotismo y la guerra futura.—II. Las reservas en hombres de Alemania.—III. Las operaciones en el Cáucaso.—IV.—La situación el 23 de febrero

### I.—La educación del patriotismo y la guerra futura

Entre las muchas sorpresas que ha producido esta guerra, la de mayor resonancia ha sido su extraordinaria duración. Desde Alemania a Montenegro, todos creían que la lucha sería breve, y la verdad es que las principales potencias militares habían montado su máquina guerrera buscando la rapidez de efectos. Abundaban las razones en favor de dicha creencia; era axiomático que se acabaría el dinero, se arruinaría el país, sobrevendría el hambre... y se llamaba loco a quien despreciaba esas fantasías, elevadas al rango de axiomas por los que especulan y teorizan dejando a un lado las pasiones humanas. Para las naciones de segundo y tercer orden—incluyendo en ellas a Inglaterra, que no merecía otro concepto desde el punto de vista militar—el principio de la brevedad de la guerra tuvo consecuencias funestas: puesto que la decisión sólo dependía de la fuerza viva, cuyos factores son la masa de tropas y la velocidad con que se mueven, era inútil preocuparse de hacer frente a un ejército más fuerte y nu-

meroso, contra el cual serían estériles los mayores sacrificios; de esto, a sostener que la victoria era simple función de la población y riqueza de los pueblos beligerantes, no mediaba más que un paso; teniendo que ser vencido, fatalmente, el más débil, los gastos militares tomaban casi el carácter de despilfarros y había que resignarse a ser juguete de las naciones poderosas. Estas ideas se difundieron con la rapidez de las malas hierbas; formóse una opinión que veía en el ejército una carga inútil; los recursos del Erario público se dedicaron al fomento de la riqueza nacional, y se olvidó que cuanto mayor es ésta más necesidad hay de protegerla contra los apetitos exteriores. Bélgica fué la primera víctima del falso concepto de la guerra y de la utilidad de los ejércitos. La guerra presente ha barrido las paradojas y los sofismas que tan brillantemente defendieron pensadores y literatos, cuyo único yerro, capital, consistió en no abandonar sus mesas de trabajo para ponerse en contacto con la realidad.

Como la guerra moviliza todas las energías de una nación, su duración tiene que ser corta: este era el argumento Aquiles. La experiencia ha demos-

trado que lo hubiera podido muy bien prohiar uno de aquellos filósofos griegos maestros en el sofisma. El buen sentido, generalmente modesto y apocado, argumentaba de otro modo: si realmente en la guerra toma parte todo el pueblo, ella se prolongará mientras no se abata la voluntad de este pueblo. Aquí, en estas palabras, encontramos la diferencia esencial entre las guerras anteriores y las de nuestros días. Con frase exactísima y profunda, todavía no bien comprendida, se ha dicho que la guerra era un choque de voluntades, que se valían de todos los medios a su alcance. Unas veces, esas voluntades eran individuales, de monarcas o cónsules o caudillos; otras, de oligarquías; algunas, de clases o estados de la sociedad; tendríamos que remontarnos a los tiempos clásicos para encontrar a la voluntad popular interviniendo decisivamente en la marcha

no le bastará al adversario doblegar la voluntad de uno o de varios generales, sino que tendrá que destruir la de toda la nación. Un caudillo, abandonado por la fortuna, se sentirá inclinado al desaliento y, si de él dependiera, pondría término a la guerra; pero el pueblo patriota mientras no lo pierda todo tendrá esperanza, y aunque sea derrotado no se declarará vencido y continuará luchando. Nuestra patria ofrece elocuentes ejemplos de lo que digo, y sería difícil encontrar otros igualmente concluyentes aunque peregrináramos por el mundo. Por desdicha, han sido más los extranjeros que los españoles quienes han estudiado y se han inspirado en las lecciones que nos legaron nuestros antepasados. Lo que ahora parece nuevo, lo teníamos escrito ya en nuestra historia.

El gran problema de nuestra época, en lo que



Parque de trineos, cerca de Gerdauen, utilizado por los alemanes durante la campaña de invierno en Rusia

de la guerra, pero los ejemplos del pasado son en tan pequeña escala que no tienen apenas aplicación a los nuestros.

El ejército es la nación en armas, toda la nación, con sus hombres válidos, sus recursos económicos, sus industrias, su comercio; luego, si es la nación quien hace la guerra, la lucha podrá prolongarse mientras exista o quiera la nación; ello será fruto exclusivo de la voluntad colectiva, hija a su vez de la educación patriótica de los ciudadanos; las guerras no serán tan frecuentes en lo porvenir, ni obedecerán, sobre todo, a motivos tan caprichosos o personales como las que ensangrentaron los campos de Europa en la Edad Media; pero una vez empeñadas y convencida la nación de su necesidad ¿quién se atreverá a profetizar el tiempo de su duración? No es ya el ejército una rama separada e independiente de la sociedad; no es lo militar algo profesional y particular que sólo interesa a unos cuantos ciudadanos: cuando suene la hora de la crisis, todos, grandes y chicos, potentados y humildes, empuñarán las armas o contribuirán a sostener la lucha; el patriotismo vibrará al unísono en todos los corazones, y

conciérne a la guerra, está en la educación del patriotismo, que reducirá los *casus belli* a los inevitables y dará grandísimas probabilidades de victoria; porque aquel de los pueblos beligerantes que se sienta mejor asistido por el derecho y la justicia de su causa, tendrá más fortaleza moral para soportar los sacrificios y desventuras, su ánimo estará mejor templado, y luchará hasta el fin; es probable que su adversario, aunque sea más poderoso, ceje antes si moralmente es menos fuerte. Esta es la consecuencia más directa, que sólo supieron ver unos cuantos cerebros privilegiados, que se deduce del sistema de la nación en armas: no basta vencer a los ejércitos; es menester vencer a la nación en masa, dominar la voluntad colectiva.

No otro fenómeno estamos presenciando hace meses. Derrotado el ejército ruso ¿habrá quien crea seriamente en la probabilidad de que los austro-alemanes sean arrojados a sus antiguas fronteras por las nuevas tropas que organiza el Czar? Sin embargo, la guerra continúa, al contrario de lo que habría acontecido en otra época. Una segunda campaña victoriosa de los alemanes les llevaría a la domina-

ción de más provincias, pero no por eso se llegaría a la paz si el pueblo moskovita se negaba a concertarla. Será ocioso hablar de resistencia económica y de subsistencias y de material de guerra: el único argumento decisivo es la voluntad del país. Con menos desastres, ha firmado Rusia tratados desventajosos; Napoleón en Moskú no consiguió intimidarla. Exactamente lo mismo debe decirse de cada uno de los demás beligerantes, tanto los vencidos como los vencedores hasta ahora. Serbia, y hasta cierto punto Bélgica, son los casos más típicos y concluyentes.

De ahí que se vislumbre una nueva orientación en los métodos de hacer la guerra. Antes, se tendía exclusivamente a destrozar el poderío militar del adversario; ahora, no basta: ahora hay que arruinar la confianza del pueblo, y dirigir la acción de los ejércitos a despertar rivalidades y antagonismos interiores, sembrar la desunión, crear campos y banderías, poner a los gobernados enfrente de los gobernantes. La política de la guerra, arte difícil y siempre necesario, cobrará mayor incremento. Y al mismo tiempo, la guerra en sí misma será más cruel y espantosa, porque entre sus víctimas directas se contarán personas, bienes y haciendas despojadas de carácter y aplicación militares. Estos son los progresos del siglo xx.

## II.—Las reservas en hombres de Alemania

En un artículo muy interesante, enderezado a calcular la fuerza de resistencia en hombres de Alemania, el coronel inglés Repington da los siguientes resúmenes numéricos de las bajas alemanas (muertos, fallecidos, heridos, prisioneros y extraviados), según las listas oficiales: hay que advertir que los totales se refieren a la fecha de la publicación de las listas y no a los meses en que ocurrieron las bajas:

1914	
Agosto. . . . .	9.213
Septiembre. . . . .	125.423
Octubre. . . . .	279.757
Noviembre. . . . .	235.285
Diciembre. . . . .	201.952
1915	
Enero. . . . .	163.801
Febrero. . . . .	96.241
Marzo. . . . .	135.834
Abril. . . . .	135.302
Mayo. . . . .	107.034
Junio. . . . .	182.786
Julio. . . . .	159.977
Agosto. . . . .	146.193
Septiembre. . . . .	170.081
Octubre. . . . .	184.909
Noviembre. . . . .	190.862
Diciembre. . . . .	66.435
1916	
Enero. . . . .	36.000
Total. . . . .	2.627.085

Esta suma concuerda sensiblemente con la comunicada por el ministro inglés mister Tennant, que comprende las bajas alemanas hasta el 21 de diciembre y se descompone en: 588.986 muertos;

24.080 fallecidos; 1.566.549 heridos; y 356.153 extraviados y prisioneros; total, 2.535.768.

En el cálculo de las bajas definitivas, el coronel Repington incurre en notoria exageración; baste decir que, a pesar de salir restablecidos de los hospitales y sanatorios el 84 por 100 del total de heridos y enfermos, sostiene que el número de los incorporados de nuevo a filas es de 790.000 hombres, y de 630.000 el número de los inválidos y 150.000 enfermos en los hospitales. Aunque no es posible contar con datos seguros, más aproximado a la verdad es suponer que reingresa en el ejército el 70 por 100 de los heridos o sea 1.100.000 hombres, de lo que resultaría que las bajas definitivas, que dan el índice de debilitación del ejército alemán, han sido, hasta 1.º de febrero, 1.527.085 hombres, con un promedio mensual de 84.838. En números redondos, admitamos que llegan a 100.000 al mes.

Antes de la guerra, el número de ciudadanos alemanes entre los 18 y los 45 años de edad era algo superior a 13 millones, pero como una parte de ellos estaban inútiles para el servicio de las armas y muchos otros son necesarios para sostener la vida en el interior del Imperio, Repington reduce aquella cifra a 9.000.000, que son los que en realidad constituyen la potencia en hombres de Alemania. Rebajando un millón y medio en concepto de bajas, quedan siete millones y medio, a los que han de sumarse los reemplazos de 1916 y 1917, que arrojarán un total de 700.000 hombres, llegándose en definitiva, como fuerza máxima, a 8.200.000 hombres en 1.º de febrero corriente.

Se tiene conocimiento de que los alemanes han organizado 170 divisiones, que comprenden 3.600.000 hombres, incluyendo todas las armas y servicios; además de este ejército de campaña, ha de contarse con medio millón de hombres para el interior y la custodia de las líneas de comunicación; las tropas actualmente sobre las armas serán, pues, 4.100.000, y la reserva en hombres excederá de 4.000.000. Si la guerra se desarrolla aproximadamente como hasta aquí, para que las 100.000 bajas mensuales agoten esas reservas habrán de transcurrir cuarenta meses, lo cual quiere decir, prácticamente, que no se vislumbra la posibilidad de que le falten soldados a Alemania.

Repington, extremando la nota, supone que las bajas mensuales serán en lo sucesivo de 150.000 hombres y que los inválidos y enfermos se contarán por centenares de millares, deduciendo que el ejército alemán comenzará a decaer en marzo de 1917, y que hasta entonces su potencia se conservará intacta. A esto conviene observar que hace un año una nota oficiosa francesa aseguró que las reservas alemanas quedarían agotadas al finalizar el año 1915; la evidencia de los hechos ha obligado a prolongar catorce meses el plazo; y si la guerra no termina en la primavera próxima será necesario admitir otro suplemento de doce o catorce meses más.

Como ni Rusia, ni Francia, ni Italia publican las listas de bajas, no cabe hacer un cálculo tan aproximado como el anterior para ninguna de esas potencias; lo que sí puede asegurarse es que si la paz ha de sobrevenir por la falta de hombres que nutran los ejércitos, la guerra se prolongará casi indefinidamente; no de la debilitación de los ejércitos,

sino de la de los pueblos, ha de provenir el término de esta espantosa contienda, y la herida más dolorosa para las naciones es la que lesiona su espíritu. Un estado de opinión, hasta cierto punto independiente de las pérdidas materiales, es lo único que será capaz de imponer la paz.

### III.—Las operaciones en el Cáucaso

No se conocen detalles, ni probablemente se sabrán en mucho tiempo, de las operaciones que han dado por resultado la caída de Erzerum, pero es significativo el silencio que guardaron los rusos mientras se estaban ejecutando los movimientos que precedieron al ataque. El terreno, difícil por sí mismo, presentaba serios obstáculos al avance de la artillería y carruajes de todas clases, y como no es de suponer que los rusos llevaran a aquel lejano teatro su mejor material y menos aún los grandes calibres, hay que inferir que el bombardeo fué llevado a cabo por la artillería de campaña. Los fuertes de Erzerum eran de tipo antiguo; desde que estalló la guerra entre Rusia y Turquía, no se tiene noticia de que hayan pertenecido al ejército del Cáucaso oficiales alemanes, lo cual hace creer que las fortificaciones y artillado, en manos de la indolencia otomana, estaban bastante descuidadas, sin que el alto mando se hubiera preocupado seriamente de poner la plaza en buen estado de defensa; tampoco se creía que corriera peligro, dado que hasta los últimos meses fueron los turcos los que asumieron la ofensiva.

La causa determinante de la pérdida de Erzerum, como en tantos otros casos, hay que buscarla en el espíritu de las tropas. Numerosas plazas rusas, más poderosamente armadas y fortificadas y con guarnición más escogida fueron tomadas por los alemanes, sin que se extremara ni mucho menos la resistencia; las tropas que las custodiaban estaban vencidas moralmente, y bastó que el atacante afirmara su superioridad para que se abatiera la energía del atacado y abandonara o entregara las fortalezas. Contribuyó constantemente a este resultado la tentativa de envolvimiento efectuada por los alemanes, mediante la amenaza a las líneas de comunicación. El Gran Duque Nicolás, por desgracia suya, aprendió los métodos alemanes y apreció su eficacia; ahora en el Cáucaso los ha aplicado con pleno éxito: el enemigo era mucho más débil, pero también los medios de que disponían los rusos estaban muy por debajo de los utilizados por los alemanes.

Derrotados los turcos al N. de Erzerum y replegados a la plaza, el movimiento principal se ejecutó por el ala izquierda rusa, que, internada hacía meses en territorio otomano, se encontró en favorable situación para marchar de E. a O. y envolver la fortaleza, una vez que el retroceso del frente turco la libraba del peligro de un ataque de flanco que la exponía a ser cortada. Esa maniobra no necesitó desenvolverse por completo para que se encendiera el pánico en la guarnición; mientras una gran parte de ella evacuaba Erzerum a toda prisa, los fuertes del N. y del E. eran tomados fácilmente por asalto, porque el desconcierto había causado ya sus estragos naturales en los defensores. Por ahora, no se sabe nada más de las circunstancias que mediaron en la conquista de Erzerum.

En la campaña del Cáucaso los turcos incurrieron en un error difícil de comprender. Dividieron, como los rusos, su ejército en tres fracciones, con la más débil en el ala derecha, que creían la más segura. El centro y la izquierda atravesaron la frontera, obtuvieron algunas ventajas, y finalmente el primero fué rechazado, mientras que el ala izquierda se sostuvo en parte en territorio enemigo, sin ceder a pesar del retroceso del centro. El Gran Duque, en cambio, debilitó su ala derecha, la occidental, que tenía a su favor el terreno, y puso la masa principal de sus tropas en el centro y la izquierda. Esta última alcanzó pronto ventajas de consideración, se extendió por las orillas del lago de Van, incluso las meridionales, resultando que el centro turco quedó desbordado; se sostuvo, empero, esta situación algunos meses, gracias a la presencia de Erzerum, que cubría las comunicaciones del centro turco. Es claro que una derrota de este centro habría de influir decisivamente, como ha acontecido, en la resistencia de Erzerum, dada la situación general de las fuerzas.

Los rusos eran los más fuertes en el mar Negro, y, de consiguiente, al ala izquierda turca le faltaban protección y apoyo; lo más que podía intentar era lo que hizo: penetrar en punta en el país enemigo. Cabía una larga campaña defensiva, de espera, en el centro, mientras que lo más conveniente era pronunciar una enérgica ofensiva en el E., con el ala derecha, no precisamente con el propósito de arrebatar territorios al enemigo, sino con el fin de avivar la agitación en Persia y provocar su cooperación armada. Ya se ha visto cómo los turcos no tuvieron en cuenta estas indicaciones. Se limitaron a enviar algunos pequeños destacamentos a Persia, que más que otra cosa provocaron la tormenta.

El Gran Duque, en efecto, anticipándose al peligro que temía, despachó un fuerte ejército, subdividido en varias columnas, a Persia y llegó al centro del país sin tropezar con grandes obstáculos; estalló la guerra, por fin, pero no era lo mismo apaciguar los alzamientos a medida que se iban produciendo, que aguantar el choque de todo un país que empuña las armas al verse sostenido por un ejército turco. A la altura de Hamadan tuvo que hacer alto el avance moskovita, comenzando entonces una campaña defensiva, más que ofensiva, que continúa; pero la ocupación de las provincias del Norte favoreció las operaciones del ala izquierda del ejército del Cáucaso, que han tenido el brillante resultado coronado con la conquista de Erzerum.

La torpeza demostrada por los turcos en estas campañas no sería de extrañar si no se hubiese patentizado de lo que son capaces aquellos soldados cuando se les somete a la dirección alemana. Es indudable que el influjo directo de los germanos no ha llegado todavía al Cáucaso, ni a Mesopotamia, probablemente porque en esas regiones tan alejadas de Europa es difícil de comprender que en la denominación genérica de cristianos—los enemigos seculares, de los turcos—haya que hacer una excepción en favor de los alemanes. De suponer es que la lección será aprovechada en Constantinopla, donde se vencerán que Turquía, por sí misma, no se encuentra en estado de hacer frente a ninguno de sus enemigos del Oeste; pero aunque se cambien la direc-

ción y los procedimientos, lo perdido es difícil de recuperar.

El ejército ruso del Cáucaso es, a todas luces, veterano y aguerrido; abundan en cambio los reclutas en el frente europeo. Este es otro hecho anómalo, que será debidamente aprovechado por los austro-alemanes, sobre todo si el Gran Duque, para consolidar y extender su triunfo, da mayor vuelo a sus operaciones, que exigirán más tropas a medida que la invasión en Armenia y el Norte de Anatolia se desenvuelvan con amplitud.

#### IV.—La situación el 23 de Febrero

Derrotadas las tropas del general Aylmer, que iban en socorro de las de su colega Townshend, sitiado en Kut-el-Amara (Mesopotamia), nuevos refuerzos ingleses marchan precipitadamente desde Basra a unirse con el primero. Es raro que los turcos no hayan procurado completar aquel éxito. Se anunció que un ejército turco se movía hacia el Irak, a la vez que otro hacia Armenia, pero ni aquel ni éste han llegado a sus puntos de destino, si es que, efectivamente, se pusieron en marcha.

Hay que rebajar bastante la victoria obtenida por los rusos en Erzerum. Ni se rindió la guarnición, ni fué apresada, ni los fuertes fueron destruidos por la artillería—como era de suponer, dada la dificultad del transporte de piezas pesadas,—ni fué conquistado por las armas más que uno sólo, del frente N.E. Aunque todavía no se conocen detalles concretos, se deduce de los partes oficiales rusos y de los telegramas de los corresponsales en aquel ejército, que la fortaleza fué evacuada cuando el avance del ala izquierda rusa amenazó sus comunicaciones; los fuertes se hicieron saltar por la mina y se entregó la ciudad a las llamas. Los rusos llegaron a la vista de los fuertes avanzados el día 13, y el 16 estaba toda la fortaleza en sus manos; la rapidez con que se desenvolvieron los acontecimientos hace sospechar que en el desenlace influyó algo que permanece en el misterio y que tardará en ser conocido. Mandaba el ejército vencedor el general Judemitch. El método empleado para apoderarse de Erzerum recuerda el practicado por los alemanes en Rusia, Bélgica y Francia, la lección fué aprovechada por el Gran Duque Nicolás y repetida felizmente contra los turcos. Aunque la importancia del triunfo táctico es bastante menor de lo que se creyó en los primeros momentos, la significación estratégica y moral de la derrota turca no admite atenuación. No hay noticias del ala izquierda turca, que sin duda se está replegando hacia el S. O., abandonando la frontera rusa, ni tampoco se conocen la dirección de marcha y el efectivo del ejército que desde las orillas del Bósforo se dijo que se dirigía a la alta Armenia.

De Persia no se han recibido noticias. Al E. del canal de Suez continúan los combates entre ingleses y senusis, ventajosos para éstos, pero sin importancia real.

Nada ocurre digno de mención en Salónica; sigue tan oscura como siempre la situación de las tropas búlgaras y alemanas que ocupan la Macedonia.

Han sido cortadas por los austriacos las comunicaciones de Durazzo con el resto de Albania; la plaza sólo dispone del enlace por mar; su porvenir ha de definirse en breve plazo. Con suma lentitud, se acercan los austriacos y albaneses a Valona. De aquel ejército serbio que los corresponsales aliados dieron como destruido a consecuencia de sus derrotas y de la penosísima retirada, se dice ahora que se ha logrado reconstituir una masa de 130,000 combatientes, que serán llevados a Salónica; si ello fuera cierto, pronto tendrían los aliados medio millón de hombres en aquel puerto, y estaría indicado que de la defensiva pasaran a la invasión del territorio búlgaro.

La guerra se arrastra penosamente en el frente austro-italiano, mientras los aviones austriacos bombardean a diario las poblaciones del Véneto, habiendo llegado al mismo Milán; las ciudades austriacas son, hasta el presente, más afortunadas.

En el sector de Ipres, en el de Arras, en Champaña y en Alsacia, no decae la actividad alemana. En todos estos puntos han conquistado trozos más o menos grandes—hasta 800 metros—de trincheras de primera línea, y algunos, escasos, elementos de los de segunda, haciendo varios centenares de prisioneros y cogiendo ametralladoras y lanza-bombas; los contraataques de los anglo-franceses han sido rechazados. Más significativos que estos combates, son los reñidos en la región de Verdún, donde también los alemanes han logrado otra ventaja como las antes mencionadas; como los franceses se preocupan hace algún tiempo de los planes de los invasores sobre aquella fortaleza—y cuando se manifiestan intranquilos algún motivo tendrán,—el hecho, insignificante en sí mismo, ha tenido bastante resonancia. Sorprende que los alemanes, numéricamente más débiles, puedan sostener la actitud agresiva en todo el frente durante tantos días; no hay mejor modo de encubrir un ataque a fondo en un lugar determinado, pero, lo más probable, es que persigan con preferencia un efecto moral, asunto interesante en que me ocuparé en la próxima *Crónica*.

Los ingleses se han apoderado de todo el Kamerun alemán, como antes del Africa Occidental. Las operaciones en la Oriental tropiezan por ahora con serias dificultades.

Por olvido dejé de citar en la *Crónica* anterior la pérdida del pequeño crucero inglés *Arethusa*, ocurrido por el choque con una mina. Era el barco tal vez de historia militar más gloriosa, porque había tomado parte en todos los combates del mar del Norte. Terminado en 1913, y de unas 4.000 toneladas, por su velocidad figuraba a la cabeza de la armada británica.

Al cerrar esta *Crónica*, se sabe que los alemanes han penetrado en las líneas francesas, en el sector de Verdún, en un frente de 10 kilómetros y una profundidad de tres, cogiendo tres mil prisioneros y bastante material de guerra.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

24 de febrero 1916.